

# JUSTO ODIO

## Volumen 1 – Sermón No. 208

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 8 DE AGOSTO DE 1858,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Los que amáis a Jehová, aborreced el mal”  
Salmos 97:10***

La religión cristiana es una cadena de oro con la que las manos de los hombres están encadenadas de todo odio. El espíritu de Cristo es amor. Donde Él gobierna, el amor reina como una consecuencia necesaria. Al hombre cristiano no se le permite odiar a nadie. “Oísteis que fue dicho por los antiguos: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo, pero yo os digo”, dijo Jesús, “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan”.

La palabra “odio” debe ser eliminada del lenguaje de un cristiano, excepto cuando se usa con un solo significado e intención y ese, el significado de mi texto. No tienes derecho, oh cristiano, a tolerar en tu seno la ira, la malicia, la ira, la dureza o la falta de caridad hacia cualquier criatura que las manos de Dios han hecho. Cuando odias los pecados del hombre, no debes odiarlo sino amar al pecador, así como Cristo amó a los pecadores y vino a buscarlos y salvarlos. Cuando odias la falsa doctrina de un hombre, aún debes amar al hombre y odiar su doctrina, incluso por amor a su alma con un ferviente deseo que pueda ser redimido de su error y ser llevado al camino de la Verdad de Dios. No tienes derecho a manifestar tu odio sobre ninguna criatura, por caída o degradada que sea, por mucho que pueda irritar tu temperamento o dañarte en tu estado o reputación.

Aun así, el odio es un poder de la hombría, y creemos que todos los poderes de la hombría deben ejercerse, y cada uno de ellos debe ejercerse en el temor de Dios. Es posible estar enojado y, sin embargo, no pecar y es posible odiar y, sin embargo, no ser culpable de pecado, pero estar cumpliendo positivamente con un deber. Hombre cristiano, puedes tener odio en tu corazón, si permites que fluya en una sola corriente, entonces no hará mal, sino que incluso hará el bien: “Tú que amas al Señor, aborrece el mal”. Así como el hombre vengativo odia a su enemigo, tú también debes odiar el mal. Tanto como los déspotas contendientes en la batalla se odian unos a otros y solo buscan la oportunidad de encontrarse cara a cara, así también debes odiar el mal. Tanto como el Infierno odia el Cielo y tanto como el Cielo odia el Infierno, así debéis odiar el mal.

Toda esa pasión que, cuando se la suelta por un camino equivocado, se vuelve como un león feroz sobre su presa, debes mantenerla atada (como un león noble, solo desprovisto de ferocidad) contra cualquiera a quien no deba herir, pero puedes dejarlo escapar contra los enemigos del Señor tu Dios y hacer grandes hazañas por ello. Háblame de un hombre que nunca se enoja, ese hombre no tiene verdadero celo por Dios. A veces debemos estar enojados contra el pecado. Cuando vemos el mal, aunque no vengativos contra las personas que lo cometen, debemos estar enojados contra el mal. Siempre debemos odiar la maldad.

¿No dice David: "Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos"? Debemos amar a nuestros enemigos, pero debemos odiar a los enemigos de Dios. Debemos amar a los pecadores, pero debemos odiar el pecado. Tanto como está en el poder del hombre odiar, tanto debemos odiar el mal en todas sus formas y maneras.

El deber aquí impuesto es general para todo el pueblo de Dios. Debemos odiar todo mal, no algunos males. Se dijo, ya sabes, hace mucho tiempo, de ciertos maestros, que ellos...

***"Agravaron los pecados a los que estaban inclinados al condenar a aquellos a los que no tenían intención de hacerlo".***

Y hay algunos, me atrevo a decir, en este día que piensan que otros son extremadamente culpables por cometer iniquidades que no les importa cometer, pero ellos mismos cometen otros pecados que tratan con mucha delicadeza. ¡Oh cristiano, nunca te aferres al pecado excepto con un guantelete en la mano! Nunca vayas a ello con el guante de seda de la amistad, nunca hables de ello con delicadeza, pero siempre odiarlo en todas sus formas.

Si os llega como una zorra, guardaos de ella, porque echará a perder las uvas. Si viene a ti como un león guerrero, buscando a quien devorar, o si viene con el abrazo de un oso, buscando por un afecto fingido inducirte al pecado, golpéalo, porque su abrazo es muerte y su apretón destrucción. Pecados de todo tipo contra los que haréis guerra, de labios, de manos, de corazón. El pecado, por más dorado que esté con el lucro, por más barnizado que esté con la decorosidad de la moralidad, por mucho que los grandes lo elogien, o por muy popular que sea entre la multitud, debes odiarlo en todas partes, en todos sus disfraces, todos los días en la semana y en cada lugar.

¡Guerra a cuchillo con el pecado! Debemos desenvainar la espada y tirar la vaina. Con todas tus huestes, oh Infierno, con cada mocoso de tu descendencia, oh Satanás, debemos estar en enemistad. No perdonaremos ni un solo pecado, sino que proclamaremos contra todos una guerra total y absoluta de exterminio.

Al tratar de dirigirme a ustedes sobre este tema, primero que nada, comenzaré con esto en casa: hombre cristiano, odia todo mal en ti mismo. Y luego, en segundo lugar, lo dejaremos ir hacia afuera: hombre cristiano, odia todo mal en otras personas, dondequiera que lo veas.

**1. Primero, entonces, CRISTIANO, ODIAR TODO MAL EN TI MISMO.** Me esforzaré ahora para excitar su odio contra él y luego trataré de instarlo y ayudarlo a destruir.

Tienes buenas razones para odiar todo mal, razones mayores que las que el hombre más herido podría aducir para el odio de sus enemigos. Considera lo que el mal ya te ha hecho. ¡Oh, qué mundo de maldad ha traído el pecado a tu corazón! El pecado tapó tus ojos para que no pudieras ver la belleza del Salvador. Metió su dedo en vuestros oídos para que no pudierais oír las dulces invitaciones de Jesús, el pecado volvió vuestros pies por el camino del mal y llenó vuestras manos de inmundicia. No, peor que eso, el pecado vertió veneno en la misma fuente de tu ser. Contaminó su corazón y lo hizo "engañoso sobre todas las cosas y desesperadamente perverso".

¡Oh, qué criatura eras cuando el pecado había hecho todo lo posible contigo, antes de que la Gracia Divina comenzara a repararte! Eras heredero de la ira como los demás. "Corriste con la multitud para hacer el mal", tu boca era un "sepulcro abierto". Halagaste con tu lengua y no hay nada que se pueda decir de tu prójimo que vive en pecado que no se pueda decir de ti. Debes declararte culpable del cargo, "esto erais algunos de vosotros, pero ya estáis lavados, ya estáis santificados, ya estáis justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios".

Oh, tienes buenas razones para odiar el pecado, cuando miras hacia atrás a la roca de donde fuiste tallado y al hoyo del pozo de donde fuiste excavado. Tal daño te hizo que tu alma se hubiera perdido para siempre, si el amor omnipotente no hubiera intervenido para redimirte. Cristiano, odia el mal, ha sido tu asesino, ha puesto su puñal en tu corazón. Te ha puesto veneno en la boca. Te ha hecho todo el mal que el mismo Infierno podría hacer, un mal que habría obrado en tu perdición eterna, si la gracia del Señor Jesucristo no lo hubiera impedido. Tienes buenas razones, entonces, para odiar el pecado.

Una vez más, cristiano, odia el mal, porque sería impropio si no lo hicieras cuando consideras tu posición en la vida. Un cristiano pertenece a la sangre real del universo. Los hijos de los mendigos pueden correr por la calle con el pelo despeinado y los pies descalzos. Pero, ¿deberían los príncipes de la sangre deleitarse en la inmundicia? No esperamos ver a los hijos de los monarcas vestidos con harapos, no esperamos verlos revolcarse en el fango de las calles. ¡Y tú, cristiano, eres uno de la aristocracia de Dios, un príncipe de la sangre del Cielo, un amigo de los ángeles! Sí, y un amigo de Dios.

Buena razón tienes para odiar todo mal. Pues, hombre, eres un nazareo, dedicado a Dios. Ahora bien, al nazareo se le ordenó que no sólo no bebiera vino, sino que ni siquiera comiera la uva, ni probara la corteza de la vid, ni nada que creciera en ella. No debe tocarlo ni tomarlo, o de lo contrario sería contaminado, así es contigo. Tú eres el Nazareo del Señor, apartado para Él, evita, pues, todo camino falso.

Que la apariencia de mal se mantenga alejada de ti, está por debajo de tu dignidad complacerte en los pecados que deshonran a otros hombres. No eres un esnob como ellos. Vosotros sois de una raza más noble, habéis brotado de los lomos del Hijo de Dios. ¿No es Él vuestro Padre eterno, el Príncipe de Paz? Os lo suplico, nunca menospreciéis vuestro real linaje ni dejéis manchar vuestra santa estirpe. Sois un pueblo peculiar, una generación real. ¿Por qué, entonces, mancharías tus vestidos con el polvo? "Los que aman al Señor, aborreced el mal".

De nuevo, tienes buenas razones para odiar el pecado, porque te debilita. Ve cuando hayas cometido una locura, retírate a tu cuarto y arrodíllate en oración. Antes de que se cometiera el pecado, tu oración llegó al oído de Dios y las bendiciones cayeron veloces como un relámpago, pero ahora tus rodillas están débiles, tu corazón se niega a desear, y tu lengua se niega a expresar los débiles deseos que te esfuerzas por alcanzar. Lo intentas, pero fallas. Gimes, pero el Cielo está cerrado a tu clamor. Lloras, pero tu lágrima no penetra para obtener una respuesta del seno de Dios. Ahí está, traes tus deseos ante el Trono y te los llevas de nuevo.

La oración se convierte en un deber doloroso en lugar de un privilegio excelente y lleno de gracia, este es el resultado del pecado. "El pecado te hará dejar de orar, o bien orar te hará dejar de pecar". Oh, nunca puedes ser fuerte en el pecado y fuerte en la oración. Mientras te entregues a la lujuria, al pecado o al desenfreno de cualquier tipo, tu poder en la oración se te quitará y tus labios se cerrarán cuando intentes acercarte a tu Dios. O si quieres, intenta otro ejercicio, después de cometer un pecado, ve al mundo y busca hacer el bien, vamos, hombre, no puedes hacerlo. Has perdido el poder de limpiar a los demás cuando tú mismo eres impuro. ¿Qué? ¿Puedo, con dedos sucios, lavar la cara de los demás? ¿Intentaré arar el campo de otro hombre mientras el mío está en barbecho y los cardos altos y frondosos y la maleza lo están cubriendo?

Soy impotente para hacer el bien hasta que primero haya limpiado mi propia vasija y la haya hecho pura. Un ministro impío debe ser un fracasado y un cristiano impío debe ser infructuoso. A menos que desees que se te suelten los tendones, que te quemen la médula de los huesos, a menos que quieras que la savia de tu ser se seque, te lo suplico, odia el pecado, porque el pecado puede debilitarte y debilitarte tanto, que arrastrarás una existencia miserable, la estructura misma de un alma en lugar de florecer en los caminos de tu Dios. "Ustedes que aman al Señor, odien el mal".

Luego, os será de gran utilidad si, para deshaceros del pecado, no os contentáis con limitarlo, sino procurando siempre que el Espíritu Santo os limpie. Los simples moralistas refrenan sus pecados como un río que tiene esclusas y diques, se impide que el agua fluya, pero luego crece gradualmente hacia arriba, hasta que poco a poco se desborda con una furia terrible. Ahora, no te conformes con la mera gracia que restringe, eso nunca te purificará, porque el pecado puede estar allí, aunque no estalle. Oren a Dios para que su pecado sea quitado y que, aunque el remanente y la raíz permanezcan, aunque el canal esté allí, la corriente se seque como la corriente del Éufrates delante de la presencia del Señor su Dios.

Nuevamente, tienes buenas razones para odiar el mal, porque si te entregas a él, tendrás que sufrir por ello. Dios nunca matará a Sus hijos, Él ha guardado Su espada. Él enfundó eso de una vez por todas en el pecho de Cristo, pero Él tiene una vara y esa vara a veces la pone con una mano muy pesada, y hace que todo el cuerpo se estremezca. El Señor no se enojará con Su pueblo como para desecharlos, sino que se enojará tanto con ellos que tendrán que clamar: "Sana los huesos que has quebrantado y restaura mi alma, oh Señor mi Dios".

¡Ah, vosotros que siempre habéis recaído, sabéis lo que es ser bien azotados, porque cuando las ovejas de Cristo huyen del Pastor, ¡Él no las dejará perecer, sino que muchas veces permitirá que el perro negro las devuelva a su boca! Permitirá que la angustia dolorosa y la aflicción aguda se apoderen de ellos, de modo que sean arrojados casi hasta las puertas del infierno. Un cristiano nunca será destruido, pero casi será destruido, su vida no le fallará por completo, pero será tan golpeado y magullado que apenas sabrá si le queda algo de vida. Oda el pecado, oh cristiano, a menos que desees problemas. Si quieres sembrar espinas en tu camino y poner ortigas en tu almohada de muerte, entonces vive en pecado; pero si deseas morar en los lugares celestiales, escuchando las eternas campanadas del Paraíso resonando en tu propio corazón, entonces camina en todos los caminos de santidad hasta el final. Hombre cristiano, odia el mal.

Hasta ahora, solo me he dirigido a ti egoístamente. Os he mostrado cómo el mal os puede hacer daño. Ahora me dirigiré a usted con otro argumento. Cristiano, odia el mal, ódialo en ti mismo, porque el mal en ti hará daño a los demás. ¡Qué daño hace el pecado de un cristiano a los hijos de Dios! Las pruebas más agudas que ha tenido la Iglesia de Dios han venido de sus propios hijos e hijas. La veo, la veo con sus vestidos rasgados y manchados, veo sus manos sangrando y su espalda llena de cicatrices. ¡Oh Iglesia del Dios vivo, hermosa entre las mujeres, cómo estás herida! ¿Dónde has recibido estas heridas?

¿Te ha escupido en la cara el incrédulo y te ha insultado? ¿Ha rasgado el arriano tus vestiduras? ¿Ha echado inmundicia el sociniano sobre la blancura de vuestros vestidos? ¿Quién ha herido tus manos y quién ha marcado tu espalda? ¿Ha sido esto hecho por los impíos y profanos?

“No”, dice ella, “esas son las heridas que he recibido en casa de mis amigos. Contra mis enemigos uso una armadura secreta, pero mis amigos penetran dentro de ella y me hieren en lo más profundo”. Los obispos de la Iglesia de Dios, los líderes profesos de las huestes del Señor, los supuestos seguidores del Redentor, han hecho más daño a la Iglesia que todos los enemigos de la Iglesia.

Si la Iglesia no fuera una cosa divina, protegida por Dios, ¿debería haber dejado de existir, simplemente por el fracaso y la iniquidad de sus propios amigos profesos! No me sorprende que la Iglesia de Dios haya sobrevivido al martirio y a la muerte, pero me maravillo de que haya sobrevivido a la infidelidad de sus propios hijos, y al cruel retroceso de sus propios miembros. Oh cristianos, no sabéis cómo hacéis que el nombre de Dios sea blasfemado, cómo mancháis a Su Iglesia y deshonráis su escudo, cuando os entregáis al pecado. “Ustedes que aman al Señor, odien el mal”.

Nuevamente, ódialo no solo por el bien de la Iglesia, sino por el bien del pobre pecador. ¿Cuántos pecadores cada año son alejados de todo pensamiento religioso por la inconsecuencia de los profesantes? ¿Y has notado cómo el mundo siempre se deleita en hacer una crónica de la inconsistencia de un maestro? Ayer mismo vi un relato en el periódico de un miserable que había cometido lujuria y se decía que, “tenía una apariencia muy santificada”. Sí, pensé, así le gusta hablar siempre a la prensa. Pero me pregunto mucho si hay muchos editores que saben lo que significa una apariencia santificada; al menos tendrán que buscar mucho tiempo entre su propia clase antes de encontrar muchos que tengan mucha santificación. Sin embargo, el reportero anotó que el hombre tenía “una apariencia santificada” y, por supuesto, fue pensado como un portazo contra todos aquellos que hacen profesión de religión, al hacer creer a otros que este hombre también era un profesante.

Y realmente el mundo ha tenido alguna causa grave para ello, porque hemos visto cristianos profesantes en estos días, que son una completa desgracia para el cristianismo y hay cosas hechas en el nombre de Jesucristo que sería una vergüenza hacer en el nombre de Belcebú. Hay cosas hechas, también, por aquellos que son considerados miembros de la Iglesia de nuestro Señor Jesús, me parece, tan vergonzosos que el propio Pandemónium difícilmente los reconocería. El mundo ha tenido muchos motivos para quejarse de la Iglesia. Oh hijos de Dios, tengan cuidado. El mundo tiene un ojo de lince, verá tus faltas, será imposible ocultarlos, y magnificará tus faltas. Te calumniará si no tienes ninguna, al menos no le darás base para trabajar. “Sean siempre blancas vuestras vestiduras”. Camina en el temor del Señor y deja que esta sea tu oración diaria: “Sostenme y estaré a salvo”.

Una vez más, tengo un argumento que creo que debe tocar vuestros corazones y haceros odiar el mal. Tienes un amigo, el mejor amigo que has tenido. Lo conozco y lo he amado y Él me ha amado.

Hubo un día, mientras hacía mi paseo diario, que llegué cerca de un lugar grabado para siempre en mi memoria, porque allí vi a este amigo, mi mejor, mi único amigo, asesinado. Me agaché con triste miedo y lo miré, fue vilmente asesinado. Vi que Sus manos habían sido atravesadas con toscos clavos de hierro y Sus pies habían sido desgarrados con los mismos.

Había una miseria en Su rostro muerto tan terrible que apenas me atrevía a mirarlo. Su cuerpo estaba demacrado por el hambre, Su espalda estaba roja por los flagelos sangrientos y Su frente tenía un círculo de heridas alrededor, claramente se podía ver que estas habían sido atravesadas por espinas. Me estremecí, porque conocía muy bien a este Amigo. Nunca tuvo un defecto, Él era el más puro de los puros, el más santo de los santos. ¿Quién podría haberlo lastimado? Porque Él nunca hirió a ningún hombre, toda Su vida "anduvo haciendo bien". Había sanado a los enfermos, había alimentado a los hambrientos, había resucitado a los muertos, ¿por cuál de estas obras lo mataron?

Nunca había exhalado nada más que amor. Y mientras miraba el pobre rostro afligido, tan lleno de agonía y, sin embargo, tan lleno de amor, me pregunté quién podría haber sido un miserable tan vil como nosotros, para perforar manos como las suyas. Me dije dentro de mí: "¿dónde viven estos traidores? ¿dónde pueden vivir? ¿quiénes son estos que hubieran podido herir a Alguien como éste? Si hubieran asesinado a un opresor, podríamos haberlos perdonado, si hubieran matado a alguien que se hubiera entregado al vicio o la villanía, podría haber sido su merecido, si hubiera sido un asesino y un rebelde, o uno que hubiera cometido sedición, habríamos dicho: "Entierren su cadáver, la justicia por fin le ha dado lo que le corresponde". Pero cuando fuiste asesinado, mi mejor, mi único Amado, ¿dónde se alojaron los traidores? Déjame apoderarme de ellos y serán condenados a muerte. Si hay tormentos que puedo idear, seguramente los soportarán todos".

¡Ay, qué celos! ¡Qué venganza sentí! ¡Si pudiera encontrar a estos asesinos, qué haría con ellos! Y mientras miraba ese cadáver, escuché un paso y me pregunté dónde estaba. Escuché y percibí claramente que el asesino estaba cerca. Estaba oscuro y busqué a tientas para encontrarlo. Descubrí que, de una forma u otra, dondequiera que pusiera la mano, no podía encontrarlo, porque estaba más cerca de mí de lo que mi mano llegaría. Por fin puse mi mano sobre mi pecho. "Te tengo ahora", dije yo. ¡Porque he aquí, él estaba en mi propio corazón! El asesino se escondía en mi propio seno, habitaba en lo más recóndito de mi alma. Ah, entonces lloré en verdad, que yo, en la misma presencia de mi Maestro asesinado, debería estar albergando al asesino.

Y me sentí muy culpable mientras me inclinaba sobre Su cadáver y cantaba ese triste himno:

***"Fuisteis vosotros mis pecados, mis crueles pecados,  
Sus principales verdugos fueron:  
cada uno de mis crímenes se convirtió en un clavo  
y la incredulidad en una lanza".***

¡Venganza! ¡Venganza! Los que teméis al Señor y amáis su nombre, vengaos de vuestros pecados y aborreced todo mal.

Ahora, mi Amado, mi próximo esfuerzo debe ser instarte a que hagas morir tus pecados. ¿Qué se hará para que tú y yo podamos deshacernos de nuestros pecados? Ahí está el hacha de la Ley. ¿Sacaremos eso y mataremos nuestros pecados con él? ¡Pobre de mí! nunca morirán bajo el golpe de Moisés.

***"La ley y los terrores no hacen más que endurecer,  
mientras trabajan solos".***

A menudo he tratado de vencer el pecado pensando en el castigo que conlleva, pero muy rara vez me he encontrado en un estado de ánimo en el que mi corazón aceptaría esa razón. Creo que para la mayoría de nosotros los terrores de la Ley, aunque deberían ser extremadamente terribles, tienen muy poco poder para apartarnos del pecado. Me encontré con una historia el otro día que me mostró, al menos, la absoluta impotencia del terror para refrenar el corazón del pecado.

Algunos pretenden que es necesario que los hombres que cometen asesinatos, sean ejecutados capitalmente para disuadir a otros de cometer delitos. Sin embargo, creo que no hay ni la sombra de la esperanza de que la ejecución de un asesino produzca jamás tal efecto. Tres traidores fueron ejecutados una vez en este país, Thistlewood fue uno de ellos, y cuando el verdugo le cortó la cabeza al primer hombre y la levantó, diciendo: "Esta es la cabeza de un traidor", hubo un escalofrío en la multitud, un sentimiento escalofriante, frío, que era perceptible incluso por el verdugo.

Cuando mató al siguiente hombre y levantó la cabeza de la misma manera, evidentemente fue observado con intensa curiosidad y asombro, pero sin tanta cautela como el primero. Y, por extraño que parezca, cuando la tercera cabeza fue arrancada, el hombre estaba a punto de levantarla, pero la dejó caer y la multitud con una sola voz gritó: "¡Ajá, dedos de mantequilla!" y se rió. ¿Hubieras supuesto que una multitud inglesa, al ver morir a un pobre hombre, podría haberse endurecido tanto en tan poco tiempo, como para haber hecho una broma de tal incidente?



Sin embargo, así es. La ley y los terrores nunca producen y nunca producirán otro efecto que impulsar a los hombres a pecar y hacerles pensar a la ligera. Por lo tanto, no aconsejaría a un cristiano, si quiere librarse de sus pecados, que se entregue continuamente al pensamiento del castigo, sino que adopte un proceso mejor, que vaya y se sienta junto a la cruz de Cristo y se esfuerce por obtener el arrepentimiento evangélico de la expiación que Cristo ha ofrecido por nuestra culpa. No conozco cura para el pecado en un cristiano, como una abundante meditación con el Señor Jesús. Mora mucho con Él y te es imposible morar mucho con el pecado. ¿Qué? Mi Señor Jesús, ¿puedo sentarme al pie de ese madero maldito y ver fluir Tu sangre por mi culpa y después caer en la transgresión? Sí, puedo hacerlo, porque soy lo suficientemente vil para cualquier cosa, pero aun así esto será la gran traba en la rueda de mi pecado, y esto reprimirá mi lujuria, sobre todo, el pensamiento de que Jesucristo ha vivido y muerto por mí.

Una vez más, si quieres controlar el pecado, esfuérate por obtener tanta luz como puedas sobre él. El ama de casa, cuando está ocupada con su casa, con las cortinas corridas, puede haber quitado el polvo a todas las mesas y pensar que todo se ve limpio, pero ella abre un rinconcito de la ventana y entra a raudales un rayo de luz, en el que bailan arriba y abajo diez mil granos de polvo. "Ah", piensa, "¡mi habitación no está tan limpia como pensaba! Aquí hay polvo donde pensé que no lo había". Ahora, esfuérese por obtener no la luz de su propio juicio, sino la luz del sol del Espíritu Santo que fluye sobre su corazón, y le ayudará a detectar su pecado, y la detección del pecado está a mitad de camino hacia su curación. Mira bien tus transgresiones y esfuérate por descubrirlas.

Otra cosa más, cuando hayas caído en un pecado, confíesalo y deja que eso te lleve a buscar todos los demás. David, sabes, nunca escribió una confesión tan lamentable como lo hizo después de haber cometido un acto de pecado. Entonces fue llevado a escudriñar su corazón y descubrir el resto de sus iniquidades, e hizo una confesión completa de todas ellas. Cuando veas un pecado, asegúrate de que haya una hueste allí, porque siempre cazan en manadas. Y ten cuidado cuando descargas tu confesión contra uno, que haya suficiente pólvora y perdigones en tu confesión para herir todos tus pecados y enviarlos cojeando. No os contentéis con vencer un pecado o una transgresión, sino trabajad para deshacerlos de todos.

Nuevamente, hay muchos pecados por los cuales serás seducido, a menos que siempre tengas cuidado de despojar al pecado de sus disfraces. El pecado a veces vendrá a ti, envuelto en una vestidura babilónica, como la cuña de Acán, quita la cubierta y descubrirás su iniquidad. A veces vendrá a ti como la iniquidad del rey Saúl bajo la forma de un sacrificio, desnúdalo y descubre que la rebelión es como el pecado de la brujería.

¡Ay, el pecado es como Jezabel! Se atavía la cabeza y se pinta la cara y nos parece hermosa, desenmascaradla, mirad su vileza, descubrid su inmundicia, desdeñad el provecho con que se dora, quitad los aplausos con que se empeña en emplumarse, y dejadla en pie en toda su desnuda deformidad, y entonces no será tan probable que caigas en este.

Una vez más, trata siempre, cuando tu mente esté en un estado santificado, de estimar el peso del mal del pecado. Cuando estés en un estado pecaminoso no sentirás el peso del mal. Un hombre que se sumerge en el agua puede tener mil toneladas de agua sobre su cabeza y no sentir el peso porque el agua lo rodea, pero sácalo del agua y si le pones medio balde en la cabeza, lo aprieta. Ahora, mientras te entregues al pecado, no sentirás su peso, pero cuando estés libre de pecado, después de que haya terminado y el Espíritu haya aplicado la sangre rociada para tu perdón, y la obra santificadora del Espíritu haya comenzado a restaurarte, entonces trabaja para darte cuenta de la enormidad de tu culpa, y al hacerlo serás ayudado a aborrecerlo y a vencerlo.

Con respecto a algunos pecados, si quieres evitarlos, toma un consejo, huye de ellos, especialmente los pecados de lujuria que nunca deben ser combatidos, excepto a la manera de José. Y sabes lo que hizo José: se escapó. Un filósofo francés dijo: "Vuela, vuela, Telémaco, no queda otra forma de conquista que la de volar". Los verdaderos soldados de la Cruz de Cristo estarán pie a pie con cualquier pecado en el mundo excepto este, pero aquí dan la espalda y vuelan y luego se vuelven conquistadores. "Huye de la fornicación", dijo uno de los antiguos, y había sabiduría en el consejo, no hay forma de vencerla sino huyendo. Si la tentación te ataca, cierra los ojos y tapa los oídos y aléjate, aléjate de ella, porque solo estás a salvo cuando estás más allá de la vista y el oído. "Ustedes que aman al Señor, odien el mal" y esforzaos con todas vuestras fuerzas en resistirlo y vencerlo en vosotros mismos.

Una vez más, ustedes que aman al Señor, si quieren guardarse del pecado, busquen siempre tener una unción fresca del Espíritu Santo. Nunca confíen en ustedes mismos un solo día sin, tener una nueva renovación de su piedad antes de salir a los deberes del día. Nunca estamos seguros a menos que estemos en las manos del Señor. Ningún cristiano, sea quien sea o lo que sea, aunque sea renombrado por su piedad y oración, puede existir un día sin caer en un gran pecado a menos que el Espíritu Santo sea su Protector. El viejo maestro Dyer dice: "Cierren sus corazones con oración todas las mañanas y denle a Dios la llave, para que nada pueda entrar. Y luego, cuando abran su corazón por la noche, habrá una dulce fragancia y un perfume de amor, alegría y amor. santidad". Cuídate de eso, es sólo por el Espíritu que puedes ser preservado del pecado.

Sobre todo, añadimos, eviten a todos los predicadores que se esfuerzan de alguna manera por paliar el pecado. Evita todas las experiencias y libros de experiencia, que te den una manera de superar el hecho de que el pecado del pueblo de Dios es una cosa vil.

Conozco a algunas personas que hablan de sus pecados como si estuvieran orgullosas de ellos. Hablan de sus caídas, sus reincidencias y transgresiones como si fueran experiencias benditas, como el perro que tenía una campana alrededor del cuello porque era peligroso, están orgullosos de eso mismo que es su vergüenza.

Recuerda, una ortiga es mala en cualquier parte, pero nunca es tan mala como en un jardín de flores, el pecado es malo en cualquier parte, pero nunca tan odioso como en un cristiano. Si al volver a casa hoy ves a un niño rompiendo ventanas, es muy probable que le hables, pero si es tu propio hijo, lo castigarás con tanta severidad como si fuera tu propio hijo. Así también Dios trata con Su pueblo. Cuando los pecadores hacen daño, Él los reprende, cuando Su pueblo hace lo mismo, Él los golpea. Él no pasará por alto el pecado de Sus propios hijos en ningún momento, nunca quedará sin disciplina. Los que teméis al Señor nunca paliáis el pecado, porque Dios no lo hará. Lo odia con un total odio.

**2.** Mi segundo punto es, **ODIA EL PECADO EN OTROS.** Nótenlo, no odien a los demás, sino odien el pecado en los demás. Como nos quedan sólo unos minutos, los ocuparé con una o dos observaciones prácticas.

Si odias el pecado en los demás, será necesario que nunca lo apoyes de ninguna manera. Hay muchos cristianos que hacen más travesuras de las que imaginan por una sonrisa. Has escuchado a un joven contar una historia de algunas de sus travesuras, tal vez ha sido en un vagón de tren, y ha sido muy ingenioso, y tú le has sonreído. Él te conoce y parece pensar que ha hecho algo valiente. ¿No hizo que un cristiano sonriera por sus pecados?

A veces has escuchado conversaciones sueltas y lascivas provenientes de hombres impíos y no te han gustado. Ha rechinado en tus oídos, pero te has sentado muy quieto y otros han dicho: "Ah, bueno, todavía era suficiente. Lo estaba absorbiendo y estaba claro que le gustaba". Así fue estampado de inmediato con el sello de vuestra aprobación. Ahora, nunca dejes que el pecado tenga tu rostro. Dondequiera que estés, que se sepa que no solo no puedes soportarlo, sino que lo odias positivamente. No dejes que la gente diga: "Bueno, no creo que le guste", pero hazles saber que lo odias, que estás absolutamente enfadado con él, que no puedes sonreírle, sino que sientes que tu ira aumenta ante la mera mención de cosas tan vergonzosas.

En el siglo pasado solía estar de moda y era honorable cometer pecados que ahora se miran con desprecio, y dentro de otros cien años, algunas cosas que se hacen hoy se descubrirán como desesperadamente viles y las miraremos también con desdén. Cristiano, te digo que nunca apruebes los pecados de otro hombre.

Nuevamente, cada vez que se les llame a hacerlo, y eso será muy a menudo, tengan cuidado de dejar salir sus sentimientos con respecto al pecado. El silencio pecaminoso puede hacerte partícipe de los malos caminos de un pecador. Si vi a un hombre irrumpir en una casa cuando yo pasaba tarde en la noche, si pasé muy suavemente, sabiendo que estaba haciendo mal y no di la alarma, creo que debo ser cómplice del crimen. Y así, si estás sentado en compañía donde se habla mal, o donde se blasfema a Cristo, si no dices una palabra por tu Maestro, estás cometiendo pecado en tu silencio, eres cómplice de la iniquidad.

Habla por tu Señor y Maestro. ¿Qué pasa si te regañan por ello y te llaman puritano? Es un gran nombre. ¿Qué pasaría si alguien dijera que eres demasiado preciso? Es muy necesario que algunos sean demasiado precisos donde muchos son demasiado laxos. O si nunca te vuelven a recibir en su compañía, será una gran ganancia estar fuera de ella. ¿Y si hablaran mal de ti? ¿No sabéis que os regocijáis en aquel día cuando digan toda clase de mal contra vosotros falsamente por causa del nombre de Cristo? Siempre hablando con denuedo, deja que el pecado se avergüence.

Por otra parte, cuando veas el mal en alguien, busca siempre, si ves la más mínima esperanza de hacer el bien, una oportunidad para decírselo en privado. He oído hablar de un caballero que estaba maldiciendo y un hombre piadoso que estaba presente, en lugar de reprenderlo por ello, dijo públicamente: "Señor, deseo hablar con usted un momento". "Bueno", dijo el caballero, "será mejor que entre en la sala del café". Fueron en consecuencia. Y el hombre piadoso le dijo al otro: "Mi querido amigo, noté que tomaste el nombre de Dios en vano. Sé que me perdonará que lo mencione. No dije una palabra al respecto cuando otros podían escuchar, pero en realidad es un gran pecado y de él no puede salir ningún provecho. ¿No podrías evitarlo en el futuro?"

La reprensión fue agradecidamente recibida. El caballero hizo una reverencia de agradecimiento, confesó que fue culpa de su temprana educación y confió en que la reprimenda le haría bien. ¿No crees que muy a menudo perdemos la oportunidad de mostrar nuestro odio al mal al no esforzarnos en hablar en privado con aquellos a quienes descubrimos complaciéndose en el pecado? Nunca dejes escapar la oportunidad de tener un tiro al diablo, sea donde sea. Siempre dispárale cada vez que lo veas. Si no puedes hacerlo en público, pero ves a un hombre haciendo el mal, repréndelo en privado por su pecado.

Y otra cosa más. Si odias el mal, no te metas en él tú mismo, porque de nada sirve que hables a otros del mal a menos que tu propia vida sea irreprochable. Los que viven en casas de cristal no deben tirar piedras. Sal de tu propia casa de cristal y luego tira tantas como quieras. Hablad a los demás, cuando ante todo os habéis esforzado por orientar vuestra propia vida, según la brújula del Evangelio.

Y ahora, amados hermanos y hermanas, todos ustedes que aman al Salvador son exhortados esta mañana a odiar el mal. Y extenderé una vez más esta exhortación. Unid corazón y mano en el odio al mal con todos los hombres que buscan acabar con él. Dondequiera que veas una sociedad que se esfuerza por hacer el bien, anímala. Que esta sea vuestra doctrina, no prediquéis nada hacia arriba sino a Cristo y nada hacia abajo sino el mal. Ayuda a todos los que están por la expansión del reino del Redentor. No hay nada más que pueda eliminar el mal tan rápidamente como la proclamación del bien. Ayudad al ministro del Evangelio, orad por él, levanta sus manos, esfuérzate por fortalecerlo. En cuanto a ti, conviértete en distribuidor de tratados, maestro de escuela dominical o predicador de aldea.

Muestra tu odio al mal mediante esfuerzos activos para sofocarlo. Distribuye Biblias, esparce la Palabra de Dios transmitida por la tierra, envía a tus misioneros a lugares extranjeros y déjalos penetrar en las guaridas y callejones de Londres. Vayan entre los harapos y la inmundicia de nuestra propia población, y busquen traer una o dos de las joyas preciosas del Señor que están escondidas en los estercoleros de la metrópoli, para que escuchen la predicación de la Palabra de Dios.

Así pues, que el Señor Jesucristo por medio de vosotros obtenga la victoria y que la maldad de este mundo sea echada fuera. ¿Cómo se hará eso sino por los esfuerzos combinados de toda la Iglesia de Cristo? En estos días tenemos muchos hombres para pelear las batallas de Cristo, si quisieran pelear. Nuestras Iglesias están aumentando a gran velocidad. Hay un número inmenso de cristianos ahora vivos, pero creo que preferiría tener a los ciento veinte hombres que estaban en el aposento alto el día de Pentecostés, que tenerlos a todos ustedes.

Creo que esos ciento veinte hombres tenían más sangre en ellos, más sangre y celo cristianos divinos que tantos millones de pobres criaturas como nosotros. Bueno, en aquellos días cada miembro de la Iglesia era un misionero. Las mujeres no predicaban, es verdad, pero hicieron algo mejor que predicar, vivieron el Evangelio. Y todos los hombres tenían algo que decir, no lo dejaron como tú lo dejas a tu ministro sirviendo a Dios por delegación. No establecieron diáconos y los dejaron hacer todo el trabajo de Dios mientras se cruzaban de brazos. Oh, no, todos los soldados de Cristo fueron a la batalla. No había que reclutar a uno o dos de ellos y luego dejar que los demás se quedaran en casa y compartieran el botín. ¡No! todos lucharon y grande fue la victoria. ¡Ahora, amados cristianos, todos ustedes, háganlo y siempre háganlo!

Oh Espíritu del Dios viviente, desciende sobre cada corazón y ordena a cada uno de Tus soldados que tome su espada en su mano y vaya directamente a la victoria, porque cuando los hijos de Sion sientan su responsabilidad individual, entonces vendrá el día de su triunfo. Entonces los muros de Jericó caerán a tierra y todo soldado del Dios viviente será coronado vencedor. "Ustedes que aman al Señor, odien el mal", por la gracia de Dios desde ahora y para siempre. Amén

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)